

Las ideas fuera de lugar: algunas aclaraciones cuatro décadas después

Roberto Schwarz

Antes que nada quiero agradecer a Horacio Tarcus por la organización de esta mesa, que me hace feliz, y por la invitación para venir a Buenos Aires a participar de ella. Seré breve, porque creo que mi papel aquí es más el de oír que el de hablar.

Como mi ensayo sobre «Las ideas fuera de lugar» —que es el tema de nuestro encuentro— dio margen a equívocos, tal vez valga la pena comentar algunos de ellos. El principal malentendido nació del propio título. Por un lado, fue un título afortunado, pues la fórmula se comunicó con la imaginación de la gente y se hizo famosa; por otro, es verdad también que complicó bastante, pues fijó la discusión en un falso problema, o, mejor dicho, en el problema que precisamente el ensayo procuraba superar.

Todavía hoy, aquí o allá, a menudo se me pregunta si la idea A o B no estarán fuera de lugar. Otras veces me invitan a contribuir a que las ideas sean puestas en su debido lugar. Ahora bien, es claro que nunca se me ocurrió que las ideas en el Brasil estuviesen en el lugar equivocado, ni tampoco que estuviesen en el lugar correcto, y mucho menos aún que yo pudiese corregir su localización —tal como el título sugirió a muchos lectores. Las ideas funcionan diferente según las circunstancias. Aún aquellas que parecen más dislocadas, no dejan de estar en su lugar si se toma otro punto de vista. Digamos entonces que el título en este caso pretendió registrar una impresión, de las más difundidas en el país y tal vez en el continente —la impresión de que nuestras ideas, en particular las ideas adelantadas, no corresponden a la realidad local—, pero de ningún modo expresaba la opinión del autor.

En realidad, la convicción de que las ideas avanzadas de Europa están fuera de lugar en la atrasada sociedad brasilera no tiene nada de nueva: por el contrario, es uno de los pilares del pensamiento conservador brasilero. Desde la Independencia en 1822 —que como ustedes saben no abolió el trabajo esclavo instituido durante la Colonia—, los beneficiarios del orden esclavista opinaban que las nuevas ideas europeas, relacionadas al trabajo

libre, a la igualdad ante la ley y a la autonomía del individuo, no tenían cabida en nuestro país. La misma Constitución, relativamente liberal, que acompañó la Independencia, era percibida como un cuerpo extraño. Como escribió en 1840 un poeta romántico y político importante: «Extranjeras son nuestras instituciones, mal e intempestivamente injertadas, contrarias a nuestras costumbres y tendencias naturales, y en desacuerdo con la inmensidad de un territorio inculto y con diferencias inconciliables de clases». También en el siglo XX fue común la misma sensación de que los avances europeos o norteamericanos en materia de derechos sociales, de costumbres o de arte moderno serían absurdos en el país, una especie de copia importada, desprovista de criterio, incompatible con nuestras características auténticas.

Siendo así, no tendría sentido que a comienzos de los años 1970 un crítico literario de izquierda, opuesto a las mitologías nacionalistas, viniese a repetir uno de los peores lugares comunes del nacionalismo conservador. Y de hecho, el problema del ensayo —al cual el título aludía irónicamente, como una dramatización— era otro: se trataba de esclarecer las razones históricas, los motivos por los cuales las ideas y las formas nuevas, indispensables para la modernización del país, causaban no obstante una innegable sensación de extrañeza y artificialidad, incluso entre sus admiradores y adeptos. Como explica una formulación clásica de un escritor libre de nostalgias, que sintonizaba con la revolución modernista, Sergio Buarque de Hollanda: «Trayendo de países distantes nuestras formas de vida, nuestras instituciones y nuestra visión del mundo e insistiendo en mantener todo eso en un ambiente muchas veces desfavorable y hostil, somos unos desterrados en nuestra tierra». Si «nuestra tierra» aquí es entendida como una alusión a la geografía y al clima, estamos ante un determinismo antiguo para el cual la organización europea de la vida resultará siempre extranjera en el trópico. Pero si entendemos la expresión en sentido coloquial, como la designación de una localidad históricamente formada, los «desterrados en nuestra tierra» serán seres divididos entre las realidades de la existencia

local y las realidades de los países-ejemplo en los cuales buscan —sus, nuestros— modelos de vida.

En resumen, el objetivo del ensayo no fue afirmar, por enésima vez, que las instituciones e ideas progresistas de Occidente son extranjeras y postizas en nuestros países, sino discutir las razones por las cuales tanta gente piensa que es así. ¿De dónde salía ese sentimiento de inadecuación, de impotencia o de inapetencia por el progreso? Así, pues, cuando algunos críticos me atribuían la tesis de que las ideas liberales en el Brasil están fuera de lugar, erraban el blanco. La convicción no era mía, era un hecho social de existencia indiscutible, ampliamente documentado a lo largo de más de un siglo y medio de vida nacional al punto de configurar una ideología influyente que traté justamente de analizar. La reflexión sobre este asunto me condujo a la historia, en sus grandes líneas.

Sumariamente diré que la causa del malestar ideológico mencionado se encuentra en el propio proceso internacional iniciado con la descolonización, o —cambiando de ángulo—, iniciado con la Independencia. Como todos saben, la Independencia se apoyó en ideas e instituciones liberales variadas, de inspiración europea y norteamericana, al mismo tiempo que conservó —como no podía ser de otra manera— mucho de las formas económicas de la Colonia, que así se volvían elementos condenados pero reales del orden contemporáneo. Para decirlo de otro modo, las nuevas elites nacionales, cuya identidad se configuraba asumiendo el liberalismo y las aspiraciones de civilización y modernidad, buscaban integrarse al concierto de las naciones modernas mediante la continuación e incluso la profundización de las formas de explotación colonial del trabajo, aquellas mismas que el ideario liberal debería suprimir. En lugar de la superación, la permanencia indecorosa, pero ahora como parte de la nueva patria y su progreso. La paradoja resultaba clamorosa en el Brasil, donde el trabajo esclavo y el tráfico negrero no sólo no fueron abolidos, sino que prosperaron notablemente durante la primera mitad del siglo XIX.

De este modo, el entrelazamiento cotidiano de las ideas modernas y del complejo de relaciones sociales ligados a la esclavitud era un hecho de estructura, tanto de la vida nacional como de la nueva división internacional del trabajo o del propio orden internacional en tren de implantarse. Las ex-colonias querían ser, pero no eran, naciones como las otras que les servían de ejemplo. La diferencia no era un vestigio del pasado en vías de desaparecer ni un accidente, sino un rasgo estable y poderoso de la actualidad. Un rasgo con mucho futuro por delante, y que exigía interpretación. Se trataba de una comedia ideológica original, diferente de la europea, con humillaciones, contradicciones y verdades propias, y que no concernía sólo al Brasil sino al conjunto de la sociedad contemporánea de la cual dicha comedia era una parte tan remota cuanto estructural. Las implicancias de esta situación llevan lejos. Voy a limitarme enseguida a señalar algunas, un poco al azar.

Digamos entonces que la posición perfectamente adecuada o escandalosamente inadecuada de las ideas modernas en el Brasil —según sea el punto de vista— configura una ambigüedad, que por un lado es una aberración local pero, por otro, participa del

presente mundial, de cuyo orden deriva más o menos directamente. Vale la pena insistir en esta doble inscripción, pues ella está preñada de consecuencias. Ustedes habrán notado que nuestra explicación partió de una peculiaridad corriente del país, que lo singulariza, para pasar enseguida al movimiento contemporáneo del mundo. Si es llevado a cabo de manera convincente, este procedimiento —que es la dialéctica en acto— tiene el mérito de superar el abismo entre la singularidad nacional y el rumbo general del presente. Su ventaja para la reflexión estética es obvia, pues aconseja entender el dato local como parte de la actualidad en sentido amplio, y no como nota pintoresca de interés tan sólo provinciano. En este sentido la dialéctica desprovincializa y desalienta nuestras historias —y nuestras literaturas— nacionales. Repasando lo expuesto, el punto de observación remite a un horizonte local, pero el horizonte último del análisis es globalizador e ironiza acerca de las limitaciones del primero.

La inserción de nuestras peculiaridades ideológicas, estéticas y sociales propias de una nación periférica en el presente del mundo crea una situación intelectual de alto interés, que contraría las divisiones establecidas. Si esta inserción es llevada a cabo sin complejos de inferioridad de ex-colonia, y sin exaltación patriótica burda, ella permite la reflexión libre sobre el curso real de las cosas, con base en experiencias hechas, históricamente sedimentadas. La articulación interna de las esferas que la división del trabajo intelectual suele separar —historia nacional de un lado, historia contemporánea del otro— abre el campo para una evaluación de la experiencia local a la luz del presente mundial; pero también, en sentido contrario, a una evaluación del presente mundial a la luz de la experiencia local. El valor crítico de esa desagregación de los ámbitos aún no ha sido debidamente explorado. No se trata de relativizar solamente la oposición de lo local y de lo mundial, sino también de lo periférico y de lo central y de lo dependiente y de lo hegemónico, oposiciones éstas políticamente más relevantes y cargadas.

Para concluir, volvamos a las «ideas fuera de lugar». Como intenté explicar, ellas siempre tienen alguna función, y en este sentido siempre están en su lugar, como quieren mis críticos. Sin embargo, las diversas funciones no son equivalentes ni tienen el mismo peso. Para dar un ejemplo, nótese que el ideario liberal en la Europa del siglo XIX correspondía a la tendencia histórica en curso, a la cual describía de manera verosímil. Incluso la crítica marxista, que procura desenmascarar ese ideario, reconoce que éste tiene fundamento en las apariencias del proceso social. Ahora bien, en las ex-colonias, que admiten y aún promueven el trabajo forzado, el liberalismo no describe ni de lejos el curso real de las cosas —y es en este sentido una idea fuera de lugar. Pero ello no impide que tenga otras funciones diversas. Por ejemplo, permite a las elites hablar la lengua más adelantada de la época, sin perjuicio de sacar provecho en casa de las ventajas del trabajo esclavo. Menos hipócritamente, puede ser un ideal de igualdad ante la ley, por el cual los dependientes y aun los mismos esclavos luchan. La gama de sus funciones incluye la utopía, el objetivo político real, el ornamento de clase, y el puro cinismo, pero excluye la descripción verosímil de lo cotidiano, que en Europa

es la que le confiere su dignidad realista. Es claro que en abstracto todas las funciones existen, y que la imparcialidad científica ordena reconocerlas a todas y no condenarlas. En principio, ¿por qué la función de prestigio valdría menos que la función descriptiva? Pero el hecho es que no vivimos en un mundo abstracto, y el funcionamiento europeo del liberalismo con su dimensión realista se impone y decreta que los demás funcionamientos no tienen sentido sino lateralmente. Las relaciones de hegemonía existen, y desconocerlas, a menos que se trate de un movimiento de superación crítica, es a su vez una respuesta fuera de lugar.

Para concluir, algo sobre la situación histórica del ensayo mismo, que es de los años 1970. En lo esencial, su asunto era la comedia ideológica del Brasil en el XIX, en el que liberalismo y esclavitud no son adversarios sino socios. Era una tentativa por captar las contradicciones sociales que están en el centro de la ironía literaria de Machado de Assis, que era mi objeto de estudio.

Secundariamente, sin embargo, el tema general de las «ideas fuera de lugar» tenía proyecciones espinosas en el presente: ¿y si también el marxismo, como el liberalismo, estuviera «desplazado»? Es decir, ¿y si también el marxismo contuviera presupuestos sociales europeos inhallables en la ex-colonia?

Desde otro ángulo, digamos que el ensayo trata de mostrar que el fenómeno mismo de las «ideas fuera de lugar» es inevitable, un efecto estructural de las descolonizaciones. Los nuevos países independientes necesariamente adoptaban algo o mucho del orden internacional moderno, y lo combinaban a su propia morfología colonial, produciendo combinaciones más o menos absurdas.

Sin embargo, la percepción misma de que las ideas están fuera de lugar involucra un cierto margen de maniobra: ¿sería posible evitar estas ideas, o mejor, adoptarlas de forma menos absurda o enajenada?

Nótese que aquellos eran los años del Tercermundismo, cuando la combinación de retraso y vanguardismo no era solo una desgracia, sino también una perspectiva de futuro y hasta una promesa para la humanidad. Así, el carácter desplazado del marxismo en las ex-colonias era un problema y era un desafío: había que reconstruirlo, para inventar caminos originales y posibles hacia el socialismo.

A partir de los años '80, con la victoria avasalladora del capitalismo en su versión neoliberal, este margen de maniobra se estrechó notablemente. Aunque la inadecuación social de las nuevas ideas hegemónicas fuera escandalosa, no parecía posible afrontarlas. Desde el punto de vista práctico, las ideas, aunque desastrosas, parecían estar en su lugar, no dejando espacio para caminos históricos singulares.

Hoy día, con la crisis del neoliberalismo, la situación vuelve a cambiar, y cabe a nosotros entenderla y aprovecharla.